

OPINIÓN POR RAMÓN DÍAZ

A la reconquista de Andalucía

Las perspectivas de una paz duradera con los ideales más preciados para la humanidad



La opinión mundial contempla conternada los trágicos episodios que se desarrollan en el cercano oriente, bajo el impacto de la sangre derramada a la vez que de la dificultad para restaurar la paz, vistos los papeles protagonistas que desempeñan Hamas, partido de gobierno de Palestina, y sobre todo el chiita Hetzbollah, operando desde Líbano, en alianza para el terror con aquellos. La presencia del Estado de Israel es una fuente de oportunidades para que Palestina pueda zafar de su pobreza, pero el extremismo terrorista se aferra al objetivo de acabar con él. Por si esto fuera poco obstáculo para recuperar el sendero de la cordura, últimamente Al-Qaeda, por la persona de su número dos, el egipcio Ayman Al-Zawahiri, se ha incorporado formalmente al complot antisraelí. Al hacerlo, además, atribuye su acción a propósitos que magnifican superlativamente la dificultad de superar el conflicto.

En efecto, si el móvil de los terroristas incluía la meta de alterar la historia contemporánea, ciegos frente a la concepción universal que vio en la creación del Estado judío un acto elemental de justicia y prudencia, a la luz del genocidio inolvidable, ahora resulta que los asesinos del 11 de septiembre se proponen un fin mucho más ambicioso en el plano histórico. Según el diario Exterior de Madrid del 27 de julio, el objetivo de Al-Qaeda, conforme al portavoz citado, consiste en "liberar la tierra del Islam desde Al-Andalus hasta Irak". El lector sabe que Irak integra la problemática de Osama bin Laden y su gente, igual que, con signo contrario, lo hacen para los países de occidente en general, y los EEUU en particular; pero ¿hasta qué punto abarca su comprensión la referencia a Al-Andalus, y su reincorporación a la tierra islámica? No creo que todos los lectores tengan una idea clara de qué territorio se trata bajo ese nombre, que bin Laden quiere devolverle a la Media Luna, birlándoselo a la Cruz.

Espero, pues, no ser ofensivo si aclaro que, bajo el nombre de Al-Andalus se conocieron

en su tiempo las tierras de la península ibérica sujeta a la soberanía islámica. De done, obviamente deriva el nombre de la actual región andaluza. Mahoma, al morir en 632, dejaba a sus sucesores (califas) una misión apostólica-militar, la "guerra santa" —*jihad*— que conquistaría al mundo para la fe musulmana. Relativamente pronto, en 711, completada ya la ocupación del norte de África, lo mismo que del Imperio Persa y Egipto, el ejército mahometano cruzó el estrecho de Gibraltar y se lanzó a una campaña que completaría en siete años, a cuyo dominio escaparía solamente el Reino de Asturias, guarecido en su región más montañosa, hasta que reunió fuerzas para iniciar la reconquista. Al-Andalus duraría hasta 1492 —con gran brillo hasta el siglo XIII— por tanto, casi ocho siglos. Más de cien veces lo que la conquista insumió a los moros (como así españoles y portugueses llamaban a los invasores).

Una de las reglas que Mahoma prescribió sobre la *jihad* consiste en que tierra conquistada por el Islam nunca puede volver al dominio de los "infieles". Tanto Israel como España y Portugal estuvieron bajo soberanía islámica, por consiguiente los musulmanes se sienten obligados a emprender el camino de las armas. Y así lo proclamaron. Claro que el camino de las armas a los musulmanes de hoy en día no les lleva a la guerra —los enfrentamientos de Egipto, Siria e Irak con ejércitos modernos han constituido verdaderos desastres— sino al terror. Es decir, a la acción bélica gestada en las sombras y ejecutada por sorpresa y engaño. Cuanto mayor el cese del fuego, bajo restricciones impuestas por una autoridad supuestamente neutral, tanto mejor para la estrategia terrorista. Tanto peores las perspectivas de una estrategia abierta y leal. En Irak la confrontación militar terminó. La acción terrorista continúa. Trágica. Horrible. Pero, si el enfrentamiento militar se hubiese detenido, Saddam Hussein seguiría instalado en el poder, y la tragedia de su sangrienta tiranía no habría cesado. El hecho de que la situación en Irak continúe siendo desoladora no

significa que no podría haber sido aún peor si Hussein hubiese podido evitar su definitiva derrota militar.

Es preciso comprender que, aquí o allá, la historia presente plantea a veces alternativas que en su totalidad nos horrorizan. Ello no significa que todas sean igualmente malas. En la situación del cercano oriente está dominada por la presencia de tres organizaciones terroristas dispuestas a sembrar la muerte y toda suerte de horror salvo si logran metas que son estrictamente inaceptables, más aún, obviamente imposibles. A Hamas y Hetzbollah, que exigen la destrucción de Israel, viene ahora a sumarse Al-Qaeda, que —nada menos— solo se contentará con la reconversión de las poblaciones ibéricas a la fe de Mahoma.

La perspectiva de paz duradera constituyen uno de los ideales más preciados para la humanidad. Pero no basta invocarlo para que se materialice. En la tradición profética de la Biblia, el augurio gratuito de paz solía tomarse como indicio de falsedad: "Así habla Yavé contra los profetas que descarrían a mi pueblo que mientras muerden con sus dientes, claman Paz" (Oseas 3:5). La paz no es un encantamiento concretable por artes de magia, sino una realidad inapreciable que debe ser construida esforzada y pacientemente; como una torre, incapaz de mantenerse en pie sin cimentación. En el caso concreto, la existencia de tres organizaciones terroristas que condicionan la paz a una corrección de la historia universal, estrictamente impensable. Impensable en cuanto al cambio de, *grosso modo*, medio siglo atrás, y no digamos nada del que ha venido a sumársele, que supone reescribir la historia de medio milenio, son obstáculos insalvables para creer que la paz es realmente alcanzable por el momento.

Sí, no se me oculta que la condición que ha traído Al-Qaeda está impregnada de insania.

Sí, acepto que la exigencia de devolver Andalucía al Islam es demencia pura. Sin duda, bin Laden y sus adláteres son una manga de locos. Pero son los locos que volaron las Torres Gemelas, guay de que eso se nos olvide.

COLUMNA

Por Gabriel Pereyra

NADIE SABE SI NOS DEJARÁ EL SEÑOR QUE NO NOS DEJA

No te dejan leer cualquier cosa. No te dejan mandar libremente cartas políticas, de amor —que son más peligrosas—, de odio. No les gusta que recibas mails. No te dejan gritar y si susurrás podés ser un sospechoso. No dejan que te reúnas con otros, ni que otros se reúnan contigo. No te dejan ver televisión extranjera, no te dejan leer prensa extranjera, no les gusta que hables con extranjeros y no te dejan que te vayas al extranjero. No te dejan irte, y si te fuiste no te dejan volver. No te dejan usar dólares. No te dejan comprar más que lo que ellos te quieren vender, que es como decir que no te dejan que te alimentes más que con lo que ellos te habilitan a adquirir. No te dejan agremiar. No te dejan protestar. No te dejan votar. No te dejan hacer pibiscitos. No te dejan juntar firmas para que el pueblo decida. No te dejan tirar piedras. No te dejan poner pasacalles contestatarios. No te dejan pitear a la Policía. No te dejan que ocultes que otro puteó a la Policía. No te dejan hacer marchas en contra. No te dejan hacer marchas a favor sin antes haberles avisado que ibas a hacer una marcha a favor. No te dejan decir que no cuando llega la hora del deber de sumarse a la plaza. No dejan escribir a los periodistas independientes (te dicen que sos opositor). No dejan escribir a los escritores rebeldes. No dejan cantar a los artistas traidores. No dejan pensar a los pensadores disidentes. No dejan trabajar a los enemigos de la revolución. No dejan que entres a los hoteles. No dejan que entres a negocios que están en tu país pero que son para que solo entre gente que viene de otro país. No dejan que sepas mucho de lo que pasa afuera. No dejan que sepas mucho de lo que pasa adentro. No dejan que sepas que está pasando estos días con el señor que decide todas las cosas que no te dejan. No dejan que sepas si la cosa es tan grave como para que llores al señor con la convicción de quien va a extrañar a un gran padre. No dejan que sepas si la cosa es lo suficientemente leve como para que llores al señor con la impotencia de quien tendrá que seguirlo soportando. No dejan que sepas si estás alegre o triste. No te dejan la alegría. No te dejan la tristeza (gpereyra@observador.com.uy)